

El sufrimiento cristiano. Actualidad de la “*Salvifici doloris*” de Juan Pablo II

A. Pedro Barraji3n

Profesor de Teolog3a en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum

El tema del sufrimiento

El sufrimiento es un vasto tema que toca intensamente el coraz3n del hombre y del que se ha escrito mucho. Se trata de un argumento dif3cil de conceptualizar. Es una vivencia personal, muy 3ntima. Se podr3a decir que el sufrimiento “se sufre”, pero que cada prueba de penetraci3n te3rica se muestra insuficiente. «Cuando se habla del sufrimiento, se trata generalmente del sufrimiento de los dem3s: cuando es uno mismo quien sufre, no se tienen las fuerzas para hablar de ello»¹. El sufrimiento es un tema que ha acompa3ado al hombre durante toda la historia. A partir del momento en que el hombre, seg3n la p3gina b3blica, comete el primer pecado, el sufrimiento hace su aparici3n sobre la faz de la tierra (cf. *Gn* 3, 16-19). Desde este momento la naturaleza humana es una naturaleza doliente. Quien quiera acercarse a un conocimiento completo del hombre, no puede dejar de lado este tema, so pena de perder algo esencial: ¡el sufrimiento es algo tan sutil y matizado! La antropolog3a lo considera como parte integrante del objeto de su estudio, ya que pertenece de derecho a la experiencia humana fundamental, y por ello se pone la pregunta acerca de las condiciones de posibilidad de su existencia en la vida del hombre.

La larga enfermedad y la muerte de Juan Pablo II de que han sido testigo los fieles del mundo entero en abril del a3o pasado ayuda a introducir el tema del sufrimiento humano. Para ello podemos hacerlo de mano de la Carta Apost3lica *Salvifici Doloris* que el Papa public3 con ocasi3n del a3o santo de la Redenci3n, el 11 de febrero de 1984. En su introducci3n Juan Pablo II presenta el sufrimiento como «un tema universal que acompa3a al hombre a lo largo y ancho de la geograf3a. En cierto sentido coexiste con 3l en el mundo y por ello hay que volver sobre 3l constantemente»², porque es

¹ P. SEMP3, *Souffrance*, en *Dictionnaire de spiritualit3*, vol. 14, Beauchesne, Paris 1990, c. 1087.

² *Salvifici Doloris*, n. 2.

«particularmente *esencial a la naturaleza del hombre*. Es tan profundo como el hombre, precisamente porque manifiesta a su manera la profundidad propia del hombre y de algún modo la supera. El sufrimiento parece pertenecer a la trascendencia del hombre; es uno de esos puntos en los que el hombre está en cierto sentido “destinado” a superarse a sí mismo, y de manera misteriosa es llamado a hacerlo»³. El inicio del tercer milenio ha estado señalado por eventos dramáticos de actos de terrorismo y de guerras que han presentado de nuevo, a través de los medios de comunicación social, la fuerza y el drama del sufrimiento humano, el cual vuelve a reproponer con mayor urgencia y gravedad la cuestión de su sentido. Sentido quiere decir dirección, finalidad, razón justificativa de una realidad o experiencia humana. Con frecuencia, sin embargo, el sufrimiento aparece en la conciencia del que sufre y de quienes lo acompañan como algo que carece de justificación. El sufrimiento parece en efecto contradecir de modo radical el profundo deseo de felicidad que mora en el corazón del hombre, porque, a primera vista, anula su felicidad física, psíquica y espiritual y contradice —parecería— las aspiraciones humanas en su núcleo más íntimo.

La liberación del sufrimiento

El primer movimiento espontáneo del hombre ante el sufrimiento es querer librarse de él. Lo considera una amenaza para su felicidad y por ello lo rehúye. Él se siente inclinado a evitarlo con todas las fuerzas de su ser y también, movido por compasión, a ayudar a otros semejantes a hacer lo mismo⁴. El hombre siente en su ser una profunda inclinación a gozar de la vida, que se despliega a su alrededor con tan gran variedad de formas y con una belleza tan grandiosa. La vida es una promesa de alegría. Nadie, salvo en caso de enfermedad psicológica, se siente atraído por el masoquismo. En efecto, el sufrimiento se percibe en sí mismo como *un límite* que nos rodea en una lógica de destrucción y de muerte. En cuanto límite, se ve como *negativo* para el ser del hombre y para su realización, como una forma de esclavitud de la que uno debería buscar el medio de librarse lo más pronto posible. En una palabra, la percepción espontánea del sufrimiento es la de un fracaso de la vida humana. La vida doliente no realiza el ideal de una vida normal, experimentada en la salud y en la plena realización de los deseos.

³ *Ibidem*.

⁴ Cf. D. TETTAMANZI, *Bioetica*, Piemme, Casale Monferrato, 1996³, p. 402.

Por eso, para el creyente, como para Job, no es evidente descubrir el sentido y el origen del dolor: «Dios me entrega a los injustos, me arroja en manos de malvados. Estaba yo tranquilo cuando él me golpeó, me agarró por la nuca para despedazarme. Me ha hecho blanco suyo: me cerca con sus tiros, traspasa mis entrañas sin piedad y derrama por tierra mi hiel. Abre en mí brecha sobre brecha, irrumpe contra mí como un guerrero. Yo he cosido un sayal sobre mi piel, he hundido mi frente en el polvo. Mi rostro ha enrojecido por el llanto, la sombra mis párpados recubre. Y eso que no hay en mis manos violencia, y mi oración es pura» (*Jb* 16, 11-17). Este tema bíblico nos enseña que no es sólo la filosofía o la percepción espontánea de la realidad las que ven una contradicción entre sufrimiento y felicidad. Desde un punto de vista teológico el sufrimiento es también un escándalo. En efecto, Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza, según el relato bíblico del libro del Génesis (cf. *Gn* 1, 27). Pero ser creado a imagen de Dios quiere decir poseer una felicidad parecida a la de Dios, ser llamado a vivir el misterio de comunión de la vida divina y a tener una relación de diálogo con todos los otros seres de la creación. El sufrimiento contradice aparentemente esta llamada a la felicidad y a la comunión porque encierra al hombre en sí mismo y le quita el bienestar físico. El sufrimiento parece ser causa de soledad, de deber estar lejos de los otros, de romper los lazos que nos unen con el mundo y con la sociedad.

El primer capítulo de la Biblia también habla del mandato divino de dominar la tierra (cf. *Gn* 1, 28). Es mediante el trabajo, la adquisición de la ciencia y la técnica como el hombre normalmente cumple esta tarea de dominio. Pero el sufrimiento, con todo lo que implica de dolor, de limitación en las facultades de conocimiento, en la voluntad, en la posibilidad de poner por obra los proyectos y la investigación, parece ir contra la realización del hombre en todos estos campos.

Además, la antropología teológica pone en evidencia la profunda dimensión religiosa del hombre, mediante la cual se encuentra en unión fundamental y radical con Dios, su Creador. La comunión con él es la realización plena de su existencia. Pero cuando el hombre sufre, la relación con Dios se vuelve difícil. Orar no es fácil. Uno tiene la impresión de haber sido olvidado por Dios y por el mundo, según los sentimientos que se expresan en el salmo 22: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¡Lejos de mi salvación la voz de mis rugidos! Dios mío, de día clamo, y no respondes, también de noche, no hay silencio para mí [...]. Y yo, gusano, que no hombre, vergüenza del vulgo, asco del pueblo, todos los que me ven de mí se

mofan, tuercen los labios, menean la cabeza: “Se confió a Yahveh, ipues que él le libre, que le salve, puesto que le ama!” Sí, tú del vientre me sacaste, me diste confianza a los pechos de mi madre; a ti fui entregado cuando salí del seno, desde el vientre de mi madre eres tú mi Dios. ¡No andes lejos de mí, que la angustia está cerca, no hay para mí socorro!» (*Sal 22,1-3.7-12*).

El hombre quiere, por consiguiente, librarse del sufrimiento. Como Cristo en el huerto de Getsemaní, desea, si es posible, no beber el cáliz del dolor. En él, el hombre ya no ve fácilmente su dignidad humana y se considera más bien como un “gusano” y no un hombre. Ve su mismo valor como ser humano destruido. No se considera como una persona. Es a causa de esta percepción del sufrimiento como destructor del hombre, que el cristianismo se aleja de una concepción estoica que lo considera como el único modo de formación para el hombre, el cual debe someterse ante la voluntad divina que dirige el universo y resistir impasible ante los dolores más atroces: «Aunque tu más cercano prójimo, el cuerpo, fuera cortado, quemado, estuviera purulento, gangrenado, sin embargo, quien se pronuncia sobre este incidente guarda la calma, es decir, que lo juzga no ser ni un mal ni un bien, que puede sobrevenirle tanto al hombre malo como al hombre de bien»⁵.

El mundo del sufrimiento

El hombre intenta librarse de sufrimiento, pero no encuentra una solución adecuada ni en la impasibilidad estoica ni en la fuga a toda costa. Está rodeado por el sufrimiento por todos los lados. No puede huir de este “virus” que infecta el mundo desde dentro. Cuando se contempla el mundo, se aprecia enseguida toda una diversificación del sufrimiento, una especie de invasión de este ejército potente y devorador de los hombres.

El sufrimiento se encuentra presente por doquier. Se muestra bajo forma de dolor físico, psíquico o moral. «El terreno del sufrimiento humano es mucho más vasto, mucho más variado y pluridimensional»⁶. El sufrimiento moral que roe el alma es, a veces, mucho más insidioso. «La extensión y la multiformidad del sufrimiento moral no son ciertamente menores que las del físico»⁷.

⁵ MARCO AURELIO, *Pensamientos sobre mí mismo*, (ed. francesa, París, 1964, p. 68).

⁶ *Salvifici Doloris*, n. 5.

⁷ *Ibidem*.

El mundo del sufrimiento es muy vasto. Es como un océano sin límite. Por profesión o vocación, hay hombres que pasan su vida junto al sufrimiento intentando aliviar sus diferentes formas: los médicos, los que trabajan en los hospitales, los psicólogos, los sacerdotes, las personas que trabajan en las prisiones, los operadores sociales que están cercanos a los inmigrantes. El sufrimiento toca a las personas ancianas, a los adultos, a los jóvenes, a los adolescentes, a los niños.

El mundo del sufrimiento tiene un aspecto objetivo. Cuando las noticias hablan de un caso de homicidio, de un asesinato, de un acto de terrorismo, los espectadores consideran la parte objetiva, externa. Pero continúan luego, tranquilamente su vida cotidiana. Las personas que están implicadas en el evento, en cambio, se sienten tocadas intensamente, a veces durante toda su vida. Los que lo miran desde exterior no comprenden ni su abismo ni su profundidad.

Como el pecado y el mal, el sufrimiento es un mundo difícil de describir porque toca el espíritu, la parte de la interioridad personal, donde cada uno se encuentra a solas consigo mismo y con Dios. Es un espacio que, bajo ciertos aspectos, se encuentra cerrado y es impenetrable.

A primera vista el mundo del sufrimiento parece formado completamente de tinieblas. Es oscuro. No hay luz. Se tiene la impresión de caminar sin ninguna dirección y sin objetivo. Una persona que hace la experiencia de una enfermedad psicológica escribe en un periódico: «La tristeza es mi sola compañía. No importa lo que haga, soy arrastrada como por el plomo al fondo de mi alma. ¿Dónde están mis ideales? ¿Dónde están las cosas grandes, buenas y bellas a las que aspiré? Todo ha desaparecido. Sólo queda un bostezo de aburrimiento que llena mi corazón. Vivo como lanzada hacia el vacío. Y hay momentos en los que me falta incluso el mismo dolor»⁸.

La oscuridad del mundo del sufrimiento es la causa de la dificultad para describirlo. Cada hombre sufre según su corazón, su psicología, su historia, su conciencia. Cuando intenta hacer una descripción objetiva de esta experiencia que ha lacerado el cuerpo, el espíritu o la psicología, las palabras faltan.

El mundo del sufrimiento es el conjunto de todo aquello y de todos aquellos que hacen la experiencia de un mal. «El hombre sufre, *cuando experimenta cualquier mal*»⁹. Sufrir es hacer la experiencia de un mal. Si

⁸ V. FRANKL, *La sofferenza di una vita senza senso*, Elle Di Ci, Torino, 1978, p. 110.

⁹ *Salvifici Doloris*, 7.

el mal es físico, el sufrimiento será físico; si el mal es moral, el sufrimiento será moral. El sufrimiento es la situación en la que el hombre hace la experiencia de un mal, con un carácter activo (yo sufro), y pasivo (soy objeto de un sufrimiento: *patior*). Es justamente este carácter pasivo que constituye la raíz de la dificultad profunda del sufrimiento: se trata de algo que no se quiere soportar, pero que se tiene que soportar igualmente: *pati*. El conjunto de esta experiencia del mal es el mundo del sufrimiento que se arraiga en el mundo y lo penetra como el cáncer en los tejidos del cuerpo.

Ante este vasto mundo del sufrimiento, la pregunta que brota espontáneamente es la de San Agustín: «*Unde malum*»?¹⁰ ¿De dónde proviene el mal y el sufrimiento? Tenemos cierta intuición originaria según la cual nuestra existencia ha sido creada para alcanzar la felicidad. ¿O es este pensamiento sólo un espejismo? ¿Podríamos decir con el escritor romano Lucrecio que este mundo no ha sido hecho para nosotros, tan arraigado está el mal presente en él? La pregunta de la procedencia del mal nos conduce a la del sentido: ¿por qué sufrir?, ¿cuál es su sentido?, si es que existe uno.

La pregunta del sentido

La pregunta sobre el sentido hace referencia a otra pregunta preliminar: ¿tiene sentido preguntarse por el sentido? ¿No es insensata la búsqueda de sentido? Freud dijo que ponerse la pregunta del sentido era señal de una enfermedad psicológica: «En el momento en que uno se interroga por el sentido y el valor de la vida, ya está enfermo. Es el momento cuando uno reconoce que tiene una *libido* no satisfecha»¹¹. Para él, ponerse la pregunta del sentido es una señal cierta de enfermedad. La metafísica, que pone la pregunta sobre el sentido del ser, sería una ciencia que nace ya enferma.

¿Pero es cierto que la pregunta sobre sentido es signo de enfermedad? ¿O no será, más bien, una exigencia del espíritu humano que quiere comprender la realidad y la meta hacia la que se dirige? Juan Pablo II ve las cosas de un modo diverso: «Dentro de cada sufrimiento experimentado por el hombre, y también en lo profundo del mundo del sufrimiento, aparece inevitablemente *la pregunta: ¿por qué?* Es una pregunta acerca de la causa, la razón; una pregunta acerca de la finalidad (para qué); en definitiva, acer-

¹⁰ *Confesiones*, c. III, l. 7; c. VII, l. 5; c. VII, l. 7.

¹¹ De una carta a la princesa Maria Bonaparte. Citada en V. FRANKL, *La sofferenza di una vita senza senso*, Elle Di Ci, Torino, 1974, p. 113.

ca del sentido»¹². La pregunta del sentido es una pregunta de alcance metafísico, ligada a la posibilidad de poder encontrar la verdad, al hecho de «si es posible o no alcanzar una verdad universal y absoluta», porque «cada uno quiere —y debe— conocer la verdad sobre el propio fin»¹³. Si se puede definir al hombre como «aquél que busca la verdad»¹⁴, entonces también busca la verdad sobre el sentido de su vida, y esta pregunta se vuelve especialmente aguda en las experiencias de sufrimiento.

Algunos sostienen que es imposible dar un sentido al sufrimiento, que éste puede ser sólo vivido o, a lo sumo, domesticado. Pero si el sufrimiento no tiene significado ni sentido, entonces puede llegar a ser insoportable. «El único modo de soportar la vida, -dijo Harvey Cushing, un gran cirujano del cerebro-, es siempre tener una fin por el que vivir»¹⁵.

Si la pregunta sobre sentido se pone en momentos particularmente intensos de la vida de una persona, se vuelve especialmente aguda cuando el sufrimiento toca a la puerta de nuestro hogar o a la del de aquella persona que amamos. La pregunta del párroco de un pueblo italiano, cuya escuela, llena de niños, fue arrasada a causa de un terremoto: «Señor, ¿dónde estabas cuando se derrumbaba de la escuela?», se convierte en los labios del hombre doliente: «Señor, ¿dónde estás cuando sufro?».

Es cierto que hace falta saber aceptar el sufrimiento, aliviarlo, aprender a vivir con él. Pero para eso, hace falta darle un sentido. A veces este sentido no será el fruto de un discurso filosófico, imposible de sostener en algunas condiciones físicas o psíquicas. No se trata de hacer grandes reflexiones, sino de encontrar una dirección, un sentido, un porqué a nuestra sed de verdad, a nuestra búsqueda.

Si el sufrimiento, como hemos dicho, es la experiencia del mal sobre la misma piel, y si el mal es la privación del bien, entonces es muy difícil para la sola razón encontrar luz donde no hay más que oscuridad. Esto nos enseña que el sentido que se puede encontrar en el sufrimiento no es una claridad sin sombras. Lo contrario sería querer tener un perfecto conocimiento del sufrimiento, de sus razones profundas y de sus causas, y esta actitud conduciría al racionalismo. La razón no puede tener una total inteligencia del sufrimiento. Nos supera. El sufrimiento está enraizado en el

¹² *Salvifici Doloris*, n. 9.

¹³ *Fides et Ratio*, nn. 26-27.

¹⁴ *Fides et Ratio*, n. 28.

¹⁵ Citado por V. Frankl, *op. cit.*, p. 78.

misterio del mal y el pecado, *mysterium iniquitatis*. En el plan originario de Dios, el hombre no fue creado para la muerte ni para el sufrimiento: «Dios creó al hombre para la incorruptibilidad, le hizo imagen de su misma naturaleza; mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen» (*Sb* 2, 23-24). Por eso el sufrimiento representa un verdadero escándalo para nuestra razón.

Pero este límite no quiere decir que sea inútil o imposible encontrar un sentido al sufrimiento, sentido que tiene que buscarse en la vocación fundamental del hombre al amor: «El amor es también la fuente más rica sobre el sentido del sufrimiento, que es siempre un misterio; somos conscientes de la insuficiencia e inadecuación de nuestras explicaciones»¹⁶.

El camino del amor

El primero mandamiento de la ley divina gira alrededor del amor: «Escucha, Israel: Yahveh nuestro Dios es único. Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy» (*Dt* 6, 4-6). Este primer mandamiento nos enseña que la vocación del hombre es la del amor. Y se puede dar un sentido a esta experiencia del mal que es el sufrimiento sólo mediante el amor.

La vida de Cristo ha sido una revelación continua de esta verdad. El Hijo de Dios ha tomado un cuerpo de la Sma. Virgen para enseñarnos el ejemplo a seguir: «En su actividad mesiánica en medio de Israel, Cristo se acercó incesantemente *al mundo del sufrimiento humano*. “Pasó haciendo bien” (*Hcb* 10, 38) y este obrar suyo se dirigía, ante todo, a los enfermos y a quienes esperaban ayuda»¹⁷.

Sólo Cristo nos revela en plenitud este camino del amor. Nos dice que el hombre no puede vivir sin amor. El amor revela el sentido de la vida. Y el amor no es sino el encuentro con otra persona en el don total de uno mismo. El amor es donación, donación de la persona, una donación gratuita e incondicional. Cristo ha revelado la grandeza del amor sobre la cruz. «La cruz es la inclinación más profunda de la Divinidad hacia el hombre y todo lo que el hombre —de modo especial en los momentos difíciles y dolorosos— llama su infeliz destino. La cruz es como un toque del amor eterno

¹⁶ *Salvifici Doloris*, n. 13.

¹⁷ *Salvifici Doloris*, n. 16.

sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre»¹⁸.

La pasión de Cristo nos habla de un amor incondicional, de un don absoluto de sí mismo. La tradición cristiana, especialmente la tradición mística, ha meditado mucho sobre la pasión del Cristo. «Pasión del Cristo, dame fuerzas». ¿Por qué los cristianos han querido detenerse a meditar la pasión? ¿Será masoquista el cristianismo? ¿Dará al sufrimiento un peso excesivo? ¿La negación de sí mismo que propone su ascética no aplasta a la persona humana? Ciertas expresiones no pueden entenderse sino en la óptica de un amor apasionado, como el de Santa Teresa del niño Jesús, quien afirma: «Al día siguiente de mi primera comunión, las palabras de Marie me volvieron al pensamiento; sentí nacer en mi corazón un gran deseo de sufrir y al mismo tiempo la íntima convicción de que Jesús me reservaba un gran número de sufrimientos... El sufrimiento se convirtió en mi atractivo. Tenía un atractivo que me hechizaba sin explicármelo. Hasta entonces había sufrido sin querer el sufrimiento, desde ese día sentí por él un verdadero amor»¹⁹. Fuera del contexto de amor hasta la locura en que se han pronunciado estas palabras, pierden su sentido y su peso. Más aún, se podría considerarlas como fruto de una forma de represión psicológica. Pero si se leen en el contexto en que se han escrito, entonces son de una luminosidad incomparable, porque Santa Teresa se muestra como una mujer que ama a Dios con toda la pasión de su corazón. Y sólo porque ama, quiere sufrir, como expresión de su amor. Es sólo a partir del amor que se entiende por qué el sufrimiento puede atraer a una persona. Si no hay amor, el sufrimiento no tiene ningún sentido ni significado. El amor da sentido y significado a la vida del hombre y en particular a su sufrimiento.

Viktor Frankl cree que «en la vida lo que importa no es si ha estado llena de placeres o de sufrimientos, sino si ha tenido un sentido»²⁰. Y añade: «la existencia humana siempre se proyecta más allá de sí misma; se dirige hacia un sentido. En esta perspectiva, el hombre tiene que actuar en su existencia, no para conseguir el placer o el poder, ni por la realización de sí mismo, sino para alcanzar la plenitud de sentido»²¹.

¹⁸ *Dives in misericordia* n. 8.

¹⁹ *Manuscrits autobiographiques* (A, 36v^o).

²⁰ *Op. cit.*, p. 94.

²¹ *Op. cit.*, p. 97.

Porque el amor da sentido y significado a la vida, «es digno de fe», como reza el título de la obra famosa del teólogo Hans Urs von Balthasar²². Cuando se mira el mundo con los ojos del amor aparece como algo totalmente comprensible, porque el amor da la verdadera luz a la inteligencia para mirar en la justa dirección²³. Como afirmó San Agustín: «si amamos, vemos»²⁴.

La cruz del Cristo, fuente de sentido

Cristo ha recorrido el camino del amor en la aceptación del sufrimiento. Se presenta, sobre todo en su pasión, como el hombre de los dolores descrito por el profeta Isaías: «Creció como un retoño delante de él, como raíz de tierra árida. No tenía apariencia ni presencia; (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta. ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados» (Is 53, 2-5).

En este canto podemos notar las diferentes etapas de la pasión de Cristo: la detención, la humillación, los escupitajos, el desprecio de la dignidad misma del prisionero, el juicio inicuo, los golpes, la flagelación, la coronación de espinas y el escarnio, el camino de la cruz, la crucifixión, la agonía²⁵. Él ha cargado con los pecados de la humanidad: «Yahveh descargó sobre él la culpa de todos nosotros» (Is 53, 6). Su sufrimiento es un “sufrimiento de sustitución”, ya que es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

En Cristo el sufrimiento humano alcanza una profundidad incomparable porque el hombre que sufre está unido hipostáticamente al Hijo único de Dios. Sufre como un inocente. En su dolor muestra la respuesta más completa a la pregunta sobre el sufrimiento. «Cristo da la respuesta al interrogante sobre el sufrimiento y sobre el sentido del mismo, no sólo con sus enseñanzas, es decir, con la Buena Nueva, sino ante todo con su propio

²² *Sólo el amor es digno de fe*, Sígueme, Salamanca, 1998.

²³ *Op. cit.*, p. 133.

²⁴ «*Si amamus, videmus*» (*Enarrationes in Psalmos*, 149, 4.).

²⁵ Cf. *Salvifici Doloris*, n. 17.

sufrimiento»²⁶. La última palabra sobre el sufrimiento es el lenguaje de la cruz. Ella muestra que la enseñanza sobre el sufrimiento no fue palabra vana, sino vida. Ha aceptado el sufrimiento como donación de su vida: «Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente» (Jn 10, 17-18).

El sufrimiento del Cristo aparece de una forma particularmente intensa y dramática, sobre todo en el sufrimiento moral, en la oración en Getsemaní, donde se prueba «la verdad del amor mediante la verdad del sufrimiento»²⁷. Su sufrimiento llega a su culmen en la cruz. Desde este árbol bendito, pronunció las palabras tomadas del salmo 22, 2: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Asume sobre sí el mal de la humanidad y se convierte en el verdadero Cordero de Dios. Prueba en su alma y en su cuerpo el mal radical que es la separación de Dios, el rechazo del Padre. Pero es entonces cuando la redención se cumple en plenitud.

En la pasión y la muerte de Cristo el sufrimiento llega a cierto grado de absoluto. Es «absoluto». El holocausto es supremo. Parece aplastado por el sufrimiento (cf. Is 53, 10,) pero llega a vivir esta experiencia en la dimensión del amor: «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1).

Este «hasta al extremo» o «hasta el fin» expresa un aspecto temporal: “hasta al final de su vida”, pero también una dimensión de intensidad: «nadie tiene amor mayor» (Jn 15, 13) que éste. La solución sobre el sentido del sufrimiento, Cristo la ha encontrado en el amor. Ha podido sufrir hasta el extremo porque ha amado. Después de los terribles sufrimientos, muere. Su muerte es verdadera. Ha bajado realmente a los infiernos²⁸. Es en la aceptación llena de amor de estos sufrimientos que logra darles un sentido y vencerlos.

Entre los sufrimientos morales que Cristo ha querido padecer en su pasión se encuentran la traición de un discípulo y de un amigo, la negación del que eligió como jefe de la iglesia y la presencia de su Madre a su lado. La traición de Judas es un misterio. Jesucristo ha aceptado ser traicionado por un amigo. Amó a Judas como a un amigo y ha sufrido al ver que la trai-

²⁶ *Salvifici Doloris*, n. 18.

²⁷ *Salvifici Doloris*, n. 18.

²⁸ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 633-637.

ción lo alejó de su amistad. También ha sufrido por la negación de Pedro. Aunque ya sabía que Satanás había pedido cribar a sus discípulos como al trigo (cf. *Lc 22, 31*) la negación del que escogió como jefe de sus discípulos le hirió profundamente. Sufre cuando contempla los sufrimientos de su Madre al pie de la cruz. María permaneció con firmeza a su lado, como lo muestran bien los verbos en griego y en latín del evangelio del San Juan («*stabant autem iuxta crucem Iesu*»; «*eistekeisan de para to stauro Iesou*», Jn 19, 25).

Jesús en la cruz está quebrantado por los sufrimientos físicos y morales. Pero su sufrimiento estaba transido de amor y de este modo la cruz se convierte en la más grande expresión del amor de Dios a la humanidad. Dios ha podido hacer que la maldición de la cruz se transformara en la más gran bendición, que el pecado más grande, el deicidio, se convirtiera en la salvación del hombre. «Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose él mismo maldición por nosotros, pues dice la Escritura: “Maldito todo el que está colgado de un madero”» (*Ga 3, 13*). Es en la cruz donde «debemos plantearnos también el interrogante sobre el sentido del sufrimiento, y leer hasta el final la respuesta a tal interrogante»²⁹.

El sufrimiento, experiencia transformadora

El sufrimiento es ineludible en la vida del hombre sobre la tierra. El mensaje evangélico nos recuerda esta verdad. Cristo no ha escondido esta necesidad de tomar la cruz: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame» (*Lc 9, 23*)³⁰. Habló de la senda estrecha y empinada que conduce al Reino de los cielos y de las numerosas persecuciones que los discípulos deberían padecer a lo largo de la historia.

El sufrimiento no es un obstáculo para la dignidad del hombre. Al contrario, como dijo el hebreo Hermann Cohen, filósofo de origen alemán (1842-1918): «el sufrimiento es la más grande dignidad del hombre»³¹. Está claro que eso no significa que el sufrimiento tenga que ser buscado por sí mismo, sino que el sufrimiento no es un callejón sin salida.

²⁹ *Salvifici Doloris*, n. 18.

³⁰ Cf. *Salvifici Doloris*, n. 25.

³¹ Cf. V. FRANKL, *Op. cit.*, p. 83.

Una gracia particular habita en el sufrimiento. Así el teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer (1906-1945), ajusticiado por los nazis durante la segunda guerra mundial, afirma que el sufrimiento es una gracia «cara»; «es cara porque le cuesta al hombre la vida»³². La gracia «barata» es, por el contrario, según este teólogo, «el enemigo mortal de nuestra Iglesia»³³. Y añade, «el sufrimiento es lejanía de Dios. Por eso, quien se encuentra en comunión con Dios no puede sufrir. Jesús ha afirmado esta frase del Antiguo Testamento. Precisamente por esto toma sobre sí el sufrimiento del mundo entero y, al hacerlo, triunfa de él. Carga con toda la lejanía de Dios [...]. Jesús quiere vencer al sufrimiento del mundo; para ello necesita saborearlo por completo. Así, ciertamente, el sufrimiento sigue siendo lejanía de Dios, pero en la comunión del sufrimiento de Jesucristo el sufrimiento triunfa del sufrimiento y se otorga la comunión con Dios precisamente en el dolor»³⁴.

El sufrimiento concede al hombre la oportunidad de pensar de un modo nuevo y diverso pues en él se capta lo esencial de la vida. Él aprende a dejar de lado las realidades que no son significativas y se centra en lo que es realmente importante. El sufrimiento tiene el poder de transformar la vida del hombre. Abre la existencia a una nueva dimensión y a la posibilidad de encontrar la vocación personal. Las personas que hacen este descubrimiento del valor del sufrimiento saben superar, cuando llegan, generalmente de modo inesperado, los ataques del dolor, físico o moral, para conquistar nuevas metas en la vida espiritual: «Cuando este cuerpo está gravemente enfermo, totalmente inhábil y el hombre se siente como incapaz de vivir y de obrar, tanto más se ponen en evidencia la *madurez* interior y la *grandeza espiritual*, constituyendo una lección conmovedora para los hombres sanos y normales»³⁵.

El sufrimiento puede aplastar a quien no lo ve unido al amor, pero puede también cambiar radicalmente la vida humana, a condición de considerarlo como una gracia especial y como la expresión de la vocación fundamental del hombre a ofrecer el don de sí mismo. A esta luz el sufrimiento es, sobre todo, una llamada y una vocación. «El sufrimiento me ha ten-

³² D. BONHOEFFER, *El precio de la gracia*, Sígueme, Salamanca, 19954, p. 16.

³³ *Ibid*, p. 15.

³⁴ *Ibid.*, pp. 55.

³⁵ *Salvifici Doloris*, n. 26.

dido los brazos y me he arrojado a ellos con amor»³⁶. Porque el sufrimiento es una vocación a crecer en el amor, se pueden comprender estas palabras de Teresa: «mi atractivo por el sufrimiento creció a medida que el sufrimiento aumentó»³⁷.

Dios no quiere el sufrimiento por sí mismo. Lo ha asumido únicamente en función de la redención: «Porque, si alguna cosa fuera mejor y más útil para la salud de los hombres que sufrir adversidades, por cierto Cristo lo hubiera enseñado de palabra y ejemplo»³⁸. Las vías de Dios son misteriosas: «Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos» (*Is* 55, 8). La vía del sufrimiento participa del carácter misterioso de Dios.

Saber unir el sufrimiento y la vocación al amor es una gracia de Dios. Desde un punto de vista natural, el sufrimiento, como Bonhoeffer dijo, parece alejarnos de Dios, es decir, de la felicidad que se encuentra en Dios en plenitud. Sólo una visión superior nos enseña su valor escondido y nos devuelve la verdadera libertad.

En efecto, el sufrimiento actúa dentro de la persona y crea en ella un proceso de liberación de los apegos y de los egoísmos, purificando el alma de lo que la impide caminar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios (cf. *Rm* 8, 21). Libera a la persona haciéndola capaz de salir de su pequeño mundo para descubrir la vocación a la comunión en el don de sí misma. En efecto, «el amor es comunión de las personas»³⁹. «El hombre» es la «única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo» y «no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás»⁴⁰. El sufrimiento ayuda al hombre a vivir este don sincero de sí mismo y en este sentido lo libera porque, como afirma Kierkegaard, «la puerta de la felicidad puede abrirse sólo hacia el exterior. Quien prueba a forzarla en el sentido contrario la bloquea todavía más»⁴¹.

V. Frankl, refiriéndose a la enfermedad de la neurosis, explica desde un punto de vista psicológico esta necesidad de ir más allá de uno mismo, de trascenderse: «El hombre que tiene una voluntad de sentido, se orienta

³⁶ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Manuscrits autobiographiques* A, 69v^o.

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ TOMÁS DE KEMPIS, *Imitación de Cristo*, libro II, cap. 12.

³⁹ K. WOYTLA, *Amor y responsabilidad, Razón y fe*, Madrid 1978, p. 34.

⁴⁰ *Gaudium et Spes*, 24.

⁴¹ Citado por V. FRANKL, *Op. cit.*, p. 73.

hacia la búsqueda de los significados, y al mismo tiempo hacia el encuentro del otro ser humano como un “tú” en cuanto amado. La realización y el encuentro le ofrecen al hombre un motivo de felicidad y de placer. En el hombre neurótico tal tensión primaria se orienta hacia la búsqueda directa de la felicidad, hacia la búsqueda directa del placer. El placer, en lugar de ser lo que tiene que ser, es decir, un efecto colateral de un sentido realizado y de un ser humano encontrado, se convierte en objeto de una intención forzada, de una hiper-intención, a la que va unida estrechamente una hiper-reflexión. De esta forma el placer se convierte en el solo contenido y objeto de atención. Pero en la medida en que el neurótico se preocupa del placer, pierde de vista el motivo de ese placer: de este modo, el efecto “gustar” no puede sobrevenir⁴². Y añade: «el desarrollo del placer y la voluntad de poder se da solamente cuando la voluntad de sentido se frustra». En otras palabras, la búsqueda del placer por el placer, nos aleja del placer mismo. Pero si se busca un objetivo superior, el placer puede venir como un efecto derivado.

Pasando al plano teológico, podemos decir que el sufrimiento ayuda al hombre a mantenerse en la tensión del don sincero de sí mismo, a olvidarse de sí y a mirar siempre al Otro y a los otros.

«La felicidad consiste en radicarse en el amor»⁴³ y el amor es el don de uno mismo. La persona que sufre, si se enraíza en el amor, en el don de sí mismo, puede llegar entonces, también ella, a la felicidad a través de sus sufrimientos corporales, psicológicos, morales y espirituales.

La transformación que se realiza en la persona que sufre y da su vida por un ideal también se manifiesta sobre el rostro. Los testigos que encontraron al padre Maximiliano Kolbe en el búnker de Auschwitz contaron que tenía un rostro transformado por la luz. La literatura describe también esta luminosidad de los que sufren, cuando el sufrimiento está todo empapado de amor. Al final de la novela *Crimen y Castigo* de Dostoievski, los protagonistas, Sonia y Raskolnikov, ambos muy enfermos, tienen sin embargo sus rostros transfigurados por el amor porque, especialmente Raskolnikov, aprendió a amar al darse cuenta de que Sonia lo amaba a él con un amor fiel e incondicionado.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó. El amor humano en el plano divino*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 2000, p. 130 (catequesis del 30 de enero de 1980: «La conciencia del significado del cuerpo y la inocencia originaria»).

El buen samaritano

Hasta aqu3 hemos considerado el sufrimiento desde la perspectiva de los que sufren. Otro 3ngulo de visi3n posible es desde los que pasan frente al sufrimiento de otros. La par3bola de Jes3s sobre el buen samaritano es muy conocida. Un hombre cay3 en medio de bandoleros quienes, despu3 de haberle robado y apaleado, se fueron dej3ndolo medio muerto. El hombre padeci3 una injusticia y sufre injustamente. Dos personas socialmente muy respetables, el sacerdote y el levita, pasan de largo. En cambio, un samaritano, a quien la sociedad consideraba como una mala persona, se le acerc3, derram3 aceite y vino en sus llagas, se las vend3, lo carg3 sobre su montura, lo condujo a una posada y cuid3 de 3l (cf. *Lc 10, 29-37*). Cada hombre que se detiene a curar las heridas de los otros, que se para cerca del sufrimiento de los otros, que es sensible al sufrimiento ajeno y trata de consolarlo y de aliviarlo, es un buen samaritano.

El samaritano de la par3bola se detuvo delante del sufrimiento del hombre que cay3 en manos de los bandoleros porque, seg3n el texto evang3lico, «tuvo compasi3n» (*Lc 10, 33*), fue movido a piedad. La palabra compasi3n quiere decir, seg3n su etimolog3a, “sufrir con”. El samaritano supo ponerse en la piel del otro. Supo superar las numerosas excusas que pasaron por su mente y que habr3an legitimado pasar de largo. Su forma de pensar fue: “Si yo me encontrara en esta situaci3n, querria ser ayudado por los que pasan”. La compasi3n implica ponerse en el lugar del otro, salir de uno mismo, como lo hizo Abraham cuando dej3 “su propia tierra” para ir a otra tierra, una que pod3a ser menos c3moda, a trav3s de un viaje peligroso e incierto. Abraham sali3 de una forma de pensar estrecha porque tuvo la fe. El samaritano tambi3n tuvo fe en el valor y la dignidad de la persona doliente.

La compasi3n libera en el hombre su capacidad de amar. Es una forma de imitaci3n del gran amor misericordioso de Dios al hombre. En efecto, seg3n una antigua interpretaci3n de la par3bola, Jes3s es el primero y el principal buen samaritano que tuvo piedad del estado deplorable en que se encontraba la humanidad. Se acerc3 a los dolores de los hombres que cayeron en manos del pr3ncipe de las tinieblas. Pag3 con su misma vida la liberaci3n y la curaci3n de nosotros, los hombres. En este sentido la encarnaci3n aparece como el gran acto de compasi3n, de misericordia, de *hesed* divino hacia el hombre. Seg3n la din3mica de la encarnaci3n, el hombre es llamado a vivir la *k3nosis*, el abajamiento, el despojamiento de s3 mismo. San Pablo lo hab3a comprendido muy bien cuando dice que Jes3s, a pesar

de ser Dios, se *anonadò*, tomando condición de esclavo y haciéndose semejante a nosotros, los hombres (cf. *Flp* 2, 7). El verbo griego «*eauton ekénosen*» quiere decir en un sentido literal “vaciarde de sí mismo”. Para ir al encuentro del otro, para hacer efectiva la compasión, para pensar en la necesidad de los otros hace falta vaciarse de sí mismo.

La compasión es la gran virtud de quienes alivian el sufrimiento. Es la virtud de los buenos samaritanos. Pero no se trata de una falsa compasión, como cuando se recurre a la “compasión” para justificar la eutanasia. En estos casos, la compasión es falsa porque no respeta la verdad de la vida. La compasión del buen samaritano quiere el bien del otro y respeta su persona en su dignidad de hijo de Dios. Esta compasión se vive en muchos hospitales, casas de ancianos, de enfermos incurables, de centros de refugiados o de inmigrantes o de los que acogen a quienes sufren las terribles consecuencias del hambre o de la guerra.

El cristiano está llamado a vivir su vocación de buen samaritano con sus hermanos y hermanas. Quizás algunos de ellos todavía no han encontrado una respuesta teórica al sentido del sufrimiento, pero en la medida en que se empeñan en aliviarlo y en curarlo, ya están siendo ellos mismos un sentido viviente para los otros y, en primer lugar, para los que sufren.

La compasión ante el sufrimiento no quiere decir pasividad. Cristo, Buen Samaritano, ha centrado su actividad mesiánica en los obras de servicio a los demás: «El Espíritu del Señor [está] sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (*Lc* 4, 18-19). Su actividad mesiánica es, fundamentalmente, ministerio de compasión hacia el hombre que ha caído en manos de los bandoleros, ha sido despojado de su dignidad y ha sido abandonado medio muerto sobre el camino de la vida.

El misterio del sufrimiento

Tratar de dar un sentido al sufrimiento, vivir la compasión, no quiere decir comprender el sufrimiento en toda su amplitud. El sufrimiento será siempre un gran misterio, relacionado con el *mysterium iniquitatis* del que habla San Pablo (cf. *2 Tm* 2, 7). Pero se trata de un misterio que no se identifica con la oscuridad. Hay en él espacios de luz. Más aún, también la oscuridad del sufrimiento puede convertirse en luz ante quien es la Luz de la Vida (cf. *Jn* 8, 12). El sufrimiento puede convertirse así en camino de ver-

dad: «Hay momentos en que la verdad es tan difícil de reconocer que sólo el sufrimiento puede, como un ciego, servirla»⁴⁴.

El misterio del sufrimiento es también el misterio de la fuerza escondida en la debilidad: «mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza [...], cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte» (2 Co 12, 9.10). La debilidad se vive en el sufrimiento, cuando el espíritu se siente amenazado por el miedo de ser aplastado por el dolor, de derrumbarse totalmente, de verse en un estado miserable. Pero las palabras de Cristo resucitado a las mujeres son válidas todavía hoy: «No temáis » (Mt 28, 5.10). La razón que da Jesús para no tener miedo, es que Él está con ellas: «Soy yo» (Lc 24, 39). Él, Cristo, vence el miedo y da valor. Invita a la persona que sufre a remar mar adentro (cf. Lc 5, 4). El hombre de fe reacciona ante el sufrimiento como Cristo cuando llegó su hora en Getsemaní, diciéndoles a sus discípulos. «¡Levantaos! ¡Vamos!» (Mc 14, 42).

El miedo tiene que convertirse, pues, en esperanza y en amor; amor que abre los horizontes de la misión, vasta como el mundo, porque vivido en unión con Jesucristo. Sólo el fuego del amor da fuerzas para superar la parálisis que puede producir en el espíritu el sufrimiento. «La caridad es paciente» (1 Co 13, 4). «¡Oh paciencia, qué amable eres! ¡Oh paciencia, qué esperanza das a los que te poseen!»⁴⁵. «La paciencia se encuentra íntimamente unida a la caridad; es su médula, porque aparece siempre revestida del amor»⁴⁶. No hay sino un camino cristiano para recorrer el sufrimiento. Es el camino que pasa «por la confianza y el amor»⁴⁷.

Hace poco más de veinte años, Juan Pablo II, en el contexto del Año de la Redención, quiso proponer a los fieles cristianos el tema del sufrimiento salvador de Jesucristo al cual puede unirse todo otro sufrimiento humano. Durante los últimos años él aceptó el sufrimiento físico y moral de una penosa enfermedad y ofreció, como buen Pastor, la vida por sus ovejas. (Cf. Jn 10, 11). Él era consciente de la necesidad que él tenía de sufrir como Pastor de la Iglesia de Jesucristo: «Nunca me he puesto la cruz pectoral del obispo con indiferencia. Es un gesto que hago siempre con la oración.

⁴⁴ M. DELBRÉL, *Ville marxiste, terre de mission*, Ed. du Cerf, Paris 1957, p. 130.

⁴⁵ SANTA CATALINA DE SIENA, Carta 138 al Hermano Raymundo de Capua, en *Lettres*, Ed. Téqui, Paris, 1976, p. 869.

⁴⁶ *Op. cit.*, p. 871.

⁴⁷ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Manuscrits Autobiographiques (C, 37 v^o)*, en *Oeuvres complètes*, Cerf-DDB, Paris, 1998, p. 285.

Desde hace cuarenta y cinco años, la cruz está en a mi pecho, junto a mi corazón»⁴⁸. En un mundo que desconfía del valor del dolor, Juan Pablo II llevó su cruz con paciencia y alegría, consciente de su valor redentor, unido a la Vid que es Cristo (cf. *Jn* 15, 5). Ahora que goza de la felicidad de la casa del Padre, intercede sin duda porque la Iglesia peregrina descubra también en sus miembros dolientes el valor y el sentido del sufrimiento redentor.

⁴⁸ JUAN PABLO II, *¡Levantaos! ¡Vamos!*, Plaza & Janés, Barcelona 2004, pp. 168-169.